

“CADA VEZ QUEDA MENOS MARGEN PARA MANTENERSE AL MARGEN”

Intervención en el acto de entrega del I Premio Nueva Cultura del Territorio a Andrés Rábago, El Roto.

Oriol Nel·lo

Madrid, 12 de febrero 2009

Sean mis primeras palabras para agradecer muy cordialmente la amable invitación de los organizadores para participar en este acto, a la Casa Encendida su hospitalidad y a todos ustedes su presencia.

Es un placer estar aquí para participar en la entrega del I Premio Nueva Cultura del Territorio a Andrés Rábago, El Roto. Premio que resulta más que merecido y por el que quisiera ante todo felicitar al autor. Sus dibujos expresan de forma magnífica, a menudo con mucha más fuerza que tantos editoriales y tantos sesudos estudios, la indignación por la destrucción del territorio y la denuncia de aquellos que la impulsan, la alientan o la permiten.

Siendo, entre los miembros de la mesa, el único que ocupa en la actualidad un cargo con responsabilidades políticas directas en la gestión del territorio, resulta inexcusable que dedique mi intervención, necesariamente breve, a reflexionar sobre la relación entre territorio y política. Territorio y política, urbanismo y política son, hoy día, binomios que suscitan preocupación y, aún, escándalo. Sin embargo, como ustedes verán, trataré de explicar que, a mi entender, para afrontar los problemas que aquejan a nuestro territorio precisamos no de menos política, sino de más y mejores políticas, de más y mejor política.

Soy consciente que una afirmación tal, en el contexto actual, puede resultar difícil de comprender y de aceptar. ¿No es –se preguntarán ustedes– la relación entre urbanismo y política el origen de tanta corrupción, de tantos escándalos, de tanta malversación de recursos naturales? El estallido, en los últimos años, de diversos casos muy visibles de malas prácticas que, con su carga de

morbosidad, han encontrado un notable eco en la prensa y en los medios de comunicación, viene a avalar esta creencia generalizada. La sucesión continuada de escándalos predispone, asimismo, a la irritación y a la denuncia.

Bien están estas denuncias, pero me temo que, si no van acompañadas del oportuno análisis, su proliferación pueda generar un tremendo equívoco. En efecto: centrar el debate sobre la situación del urbanismo en España en el tema de la corrupción no sólo resulta sesgado y parcial, sino que puede resultar desorientador y contraproducente. El principal problema del urbanismo en España no yace en lo adjetivo –la corrupción– sino en lo sustantivo –el modelo de ocupación del territorio–. Un modelo a través del cual se han venido a urbanizar de manera inadecuada e innecesaria grandes extensiones de suelo, con la única justificación del beneficio privado a corto plazo, sin tener en cuenta los costes colectivos que la urbanización dispersa y banal acarrea. Pues bien, la extensión de este modelo se ha producido, en la mayoría de los casos, de forma perfectamente legal.

En este contexto, colocar el foco del debate urbanístico exclusivamente en el tema de la corrupción oscurece el problema de fondo, que no es otro que el de la debilidad de los poderes públicos para ordenar, domeñar y corregir la evolución del proceso urbanizador en beneficio de la colectividad (proveyendo, por ejemplo, vivienda asequible, preservando el suelo no urbanizable, rehabilitando la ciudad construida, fomentando el transporte público, gestionando el paisaje).

Por otra parte, la polvareda de la corrupción permite diluir la responsabilidad de los sucesivos gobiernos –estatales, autonómicos y municipales– que se han esmerado en incrementar esta debilidad. Así, a través de las llamadas “medidas liberalizadoras” se impulsó la noción de que la vocación primordial de todo suelo es la de ser urbanizado y su valorización debía realizarse al máximo precio especulativo posible.

Estas políticas no obtuvieron, obviamente, ninguno de sus pretendidos efectos benéficos (los precios del suelo y de las viviendas no se moderaron, antes al contrario) y, en cambio, alentaron la dispersión de la urbanización, la recalificación extensiva de suelo rústico y crearon el caldo de cultivo apropiado para la especulación que ha desembocado en el desastre financiero actual.

En los últimos tiempos, con la aprobación de la Ley del Suelo de 2007 y con la actuación de diversos gobiernos autonómicos, parecía que estábamos empezando a salir de este círculo perverso. Pero ahora vemos como la ofensiva desreguladora arrecia de nuevo, con el argumento, esta vez, de la crisis. “Con la que está cayendo”, nos vienen a decir, “cómo se os ocurre exigir ahora respeto ambiental, cuidado paisajístico, políticas contra el cambio climático?” Y añaden: “Lo que hay que hacer es dejar de poner obstáculos y permitir la creación de empleo. ¡Desregular el suelo, desregular el medio ambiente, desregular el despido!”

Se trata de un argumento mendaz que olvida lo que es obvio: ha sido precisamente la desregulación de los mercados y la debilidad de la administración la que nos ha llevado dónde estamos: a la crisis y a la destrucción de empleo.

No, de lo que se trata no es de tener menos regulación, menos gobierno, menos político. Para ordenar y preservar el territorio en beneficio de la colectividad hace falta, precisamente, mejor y más efectiva regulación urbanística y ambiental. Haca falta buen gobierno y gobernancia. Hacen falta más y mejor políticas. Hace falta más política. Política con mayúsculas, es decir la que trata de preservar para la colectividad los dos principios clave: la equidad y la democracia.

Ahora bien, para avanzar en esta dirección se requieren no sólo cambios en la administración sino también, y quizás en primer lugar, en la consciencia y la organización de la ciudadanía. Así pues, al mismo tiempo que pugnamos en la arena política y administrativa, debemos librar una batalla cultural sobre la necesidad de defender valores ambientales y sociales en la gestión del territorio. Una batalla en la cual los profesionales tenemos una responsabilidad especial,

Aquí, de nuevo, Andrés Rábago, el Roto, pone una vez más el dedo en la llaga. Veamos sino su cartel para el acto de esta noche: este técnico montaraz que, irguiéndose sobre la mesa, lanza un enorme ladrillo contra un enemigo invisible. La imagen podría se leída como una advertencia a los profesionales: “fijaos que no sois un instrumento neutro, sino una parte del problema”. Los

mayores de la sala recordarán, quizás, una vieja canción del primer periodo de Bob Dylan –“Only a Pawn in their Game”– en la que ironizaba sobre el hecho de que el blanco racista del sur de los Estados Unidos, cuando participaba en un linchamiento o un asesinato, pudiera ser considerado un simple peón en un juego de intereses muy superiores a los suyos. Será ciertamente un peón, decía el poeta, pero su dedo era el que aprieta el gatillo. El cartel podría ser leído de esta forma: el profesional, el arquitecto (o quizás es un geógrafo?) es quien lanza con una honda el ladrillo que vendrá a ocupar, de forma espuria, más y más territorio. De esta manera el técnico, el profesional, ha acabado siendo un cooperador necesario en la depredación del entorno.

No niego que hay muchas razones, que hemos dado muchas razones, para interpretar el mensaje en este sentido. Pero una de las virtudes de los dibujos de El Roto es su polisemia, y a mi, personalmente, me gusta más ver el cartel de otra forma: como una llamada a la rebelión; como una llamada a contribuir a la batalla por una nueva cultura del territorio con argumentos disciplinares y políticos; como una llamada a tomar el ladrillo y, en vez de colocarlo mal colocado sobre campos y ciudades, ponerlo en la honda –en la honda de las razones y los argumentos– y lanzarlo contra las prácticas de quienes destruyen el territorio. Los cuales, como Goliat, acabarán siendo derrotados tarde o temprano. No les quepa ninguna duda.

Nada más, muchas gracias.